

SOLEMNIDAD DEL CORAZÓN DE JESÚS

Jornada de oración por la santificación de los sacerdotes

1 de Julio de 2011

Hemos comenzado esta solemne celebración pidiendo a Dios nuestro Padre que infunda en nosotros las virtudes y los sentimientos de su Hijo Jesucristo para que, conformados a su imagen, merezcamos participar en los frutos de la redención eterna.

La fiesta que hoy celebra la Iglesia nos invita precisamente a esto: a poner nuestra mirada dentro del Corazón de Jesús, a entrar en sus sentimientos y a gozar de su amor. Y podemos hacerlo porque el Corazón de Jesús, traspasado por la lanza del soldado, es un corazón abierto por nosotros y abierto para nosotros: abierto para que en Él lleguemos al Corazón mismo de Dios, ese Corazón que, como decimos en el salmo “ *perdona todas nuestras culpas y cura todas nuestras enfermedades, rescata nuestra vida de la fosa y nos colma de gracia y de ternura*”

Jesús vino a esto: a darnos la plena revelación del amor del Padre y a derramarlo generosamente sobre todos nosotros. S. Juan lo expresa con toda claridad en su primera carta: “*En esto consiste el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de Él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados*”(1 Jn 4, 9).

En el Corazón de Jesús podemos descubrir cómo Dios cuida personalmente de mí, cuida de nosotros, cuida de toda la humanidad. Dios no me ha dejado sólo, extraviado en el universo y en una sociedad en la que uno se siente cada vez más desorientado. El Señor cuida de mí. Su corazón es un corazón que ama personalmente y ama apasionadamente, hasta dar la vida. Al Señor le interesa mi vida y tiene un proyecto sobre mí. Nuestro Dios nos es un Dios lejano. Es muy bello y consolador saber que hay Alguien que, pase lo que pase, me conoce, me quiere y se preocupa por mí.

Y en esta cercanía de Dios a la humanidad, el sacerdocio ocupa un lugar privilegiado. “El sacerdote es el amor del Corazón de Cristo” (decíamos en el año sacerdotal, con las palabras del Cura de Ars). Por eso la Iglesia ha querido que en este día de contemplación del amor divino oremos de una manera especial por la santificación de los sacerdotes. Dios ha querido que nosotros los sacerdotes, en comunión con su amor por los hombres, cuidemos de ellos y les hagamos experimentar en lo concreto de su vida esta atención de Dios. El Señor nos ha llamado para que mostremos a los

hombres, como buenos pastores, unidos íntimamente a Él, el sendero justo, es decir, el camino correcto para ser hombres, el arte de ser personas. Que les ayudemos a responder a las grandes preguntas de la existencia humana: ¿qué debo hacer para no arruinarme? ¿cómo debo conducirme para no desperdiciar mi vida con la falta de sentido? La misión del sacerdote es ayudar a los hombres a vivir en Cristo y a seguirlo para encontrar en Él, el sendero justo para que nuestra vida tenga sentido. Su misión es hacer vivir a los hermanos la experiencia de la alegría de la Revelación. Hemos recibido del Señor el sagrado deber de comunicar a la gente el gozo de haber encontrado el camino de una vida que responda plenamente a la vocación a la que ha sido llamado, que siempre es una vocación de amor.

Dice Jesús, en el evangelio, “*nadie conoce al Hijo sino el Padre y nadie conoce al Padre mas que el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*” (Mt 11, 27). Nosotros los sacerdotes, porque Dios lo ha querido así, formamos parte de aquellos a quienes ha sido revelado el conocimiento del amor del Padre. Por eso el Señor hoy nos dice a cada uno de nosotros, sacerdotes: “*Cargad con mi yugo y aprended de Mi que soy manso y humilde de corazón y encontraréis vuestro descanso porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera*” (Mt 11. 25-30). Somos invitados a cargar con la cruz del Señor en el servicio a los hombres. Y la cruz del Señor, es la cruz del pecado, es ver a los hombres alejados de Dios, es, sentir en nuestras entrañas, la sed de un mundo que necesita el agua fecunda del Espíritu para salir de la oscuridad de la muerte y entrar en el reino de la luz, de la esperanza y de la vida.

Por eso, entendiendo así la vida del sacerdote, no podemos verla como la de alguien que tiene un oficio. No podemos comprenderla como si se tratara de una función muy digna; pero que está en el mismo plano que cualquiera de las muchas funciones que los hombres pueden realizar. El sacerdote no es un funcionario. Su vida no es una función o un oficio, que hoy se toma y mañana se deja, que tiene sus horarios y que tiene claramente marcadas sus tareas. El sacerdote no es simplemente alguien que detenta una función. La vida del sacerdote sólo podemos entenderla, contemplando el corazón abierto de Cristo, entregando su vida a los hombres. Sólo podemos verla desde la fe. Porque el sacerdote hace lo que ningún hombre puede hacer por sí mismo. El sacerdote hace presente a Dios entre los hombres. El sacerdote ha sido puesto por Cristo en el mundo para pronunciar en su nombre la palabra de absolución de nuestros pecados, cambiando así, a partir de Dios, la situación de nuestra vida. El sacerdote pronuncia sobre las ofrendas del pan y del vino las palabras de acción de gracias de Cristo, que son palabras de transustanciación, palabras que lo hacen presente a Él mismo, el Resucitado, su Cuerpo y su Sangre,

transformando así los elementos del mundo, que son palabras que abren al mundo a Dios y lo unen a Él.

El sacerdocio no lo podemos entender como un simple oficio, que hoy se hace y mañana no se hace, que tiene sus intervalos y sus tiempos y sus descansos. El sacerdocio es un sacramento: Dios se vale de un hombre lleno de limitaciones para estar, a través de él, presente entre los hombres y para actuar en su favor, no a ratos, sino siempre.

El sacerdocio llena totalmente a la persona, siempre y en todo momento. Uno es sacerdote siempre en sus palabras, en sus pensamientos, en sus actos, cuando trabaja y cuando descansa, cuando goza con la gente y cuando sufre con ella, cuando siente sobre sí el dolor y el peso de sus propios pecados y de los pecados de los hombres y cuando siente el consuelo y la ayuda de tantas personas santas y buenas que nos acompañan con su oración, con su afecto y con sus muchos detalles de comprensión y de cariño. Dios quiere que seamos sacerdotes siempre: en la oración y en el trabajo, en nuestros éxitos y en nuestros fracasos. Que seamos sacerdotes, incluso en la manera de afrontar nuestras debilidades y pecados. Y quiere que sintamos, en todo momento, que la misión que Él nos confía, supera nuestras fuerzas y que sin Él no seríamos capaces de nada. Quiere que resuenen siempre en nuestro corazón aquellas palabras que animaban al apóstol Pablo en los momentos de mayor dificultad: “mi gracia te basta”.

El Papa Benedicto XVI, en su homilía de clausura del año sacerdotal, decía, refiriéndose al sacerdocio, que es una “audacia de Dios”. Fiarse de nosotros para una misión tan grande es una “audacia de Dios”. Esta “audacia” de Dios, decía el Papa, que se abandona en las manos de seres humanos y que, aún conociendo nuestras debilidades, considera a los hombres capaces de actuar y presentarse en su lugar y de actuar en su nombre y con su poder es realmente la mayor grandeza que se oculta en la palabra “sacerdocio”. Esta “audacia” que llama a su servicio a hombres para actuar, dentro de ellos y a través de ellos, haciéndose así presente en el mundo, es la mayor prueba del amor que Dios nos tiene.

En esta jornada de oración por la santificación de los sacerdotes, a la vez que pedimos al pueblo de Dios que nos ayude con su oración, hemos de vivirla nosotros con mucha gratitud. Ha de ser un día de acción de gracias, en el que recordamos especialmente a los sacerdotes que en este año han hecho su bodas de plata y oro sacerdotales y en el que hemos de pedir con mucha insistencia por las vocaciones sacerdotales: “Señor, la mies es mucha y los trabajadores son pocos; manda obreros a tu mies. Abre el corazón de los jóvenes a tu llamada y haz que nuestra vida sacerdotal sea

un ejemplo luminoso para ellos, que les arrastre a seguirte como sacerdotes y apóstoles tuyos. Mira Señor cómo estamos. No podemos llegar a todos los que buscan una palabra de verdad y de vida. Mira nuestra pobreza. Mira nuestra debilidad. Mira nuestro cansancio. Y danos sacerdotes santos, según tu corazón”.

La liturgia de la solemnidad del Corazón de Jesús pone como canto de comunión unas palabras de Jesús, tomadas del Evangelio de S. Juan: “*El que tenga sed que venga a Mi; el que cree en Mi que beba*”. Como dice la Escritura: “*de sus entrañas manarán torrentes de agua viva*” (Cf. Jn. 7,37 s). En la fe bebemos, por así decir, del agua viva de la Palabra de Dios. Así el creyente se convierte él mismo en una fuente, que da agua viva a la tierra reseca de la historia. Lo vemos en los santos. Y, sobre todo, lo vemos en María, que, como gran mujer de fe y de amor, se ha convertido a lo largo de los siglos en fuente de fe, de amor y de vida... Cada cristiano y cada sacerdote nos deberíamos transformar, a partir de Cristo, teniendo como modelo a María, en fuente que comunica vida a los demás. Deberíamos dar el agua de la vida a un mundo sediento.

“Señor, te damos gracias porque nos has abierto tu corazón. Te damos gracias porque en tu muerte y resurrección te has convertido en fuente de vida. Haz que seamos personas vivas: vivas porque bebemos de la fuente, que eres Tu. Danos también a nosotros ser fuente, de manera que podamos dar agua viva a nuestro tiempo. Te agradecemos la gracia del ministerio sacerdotal. Señor, bendícenos y bendice a todos los hombres de este tiempo que están sedientos y buscando.”

Queridos sacerdotes: es un día, ciertamente, para sentirnos muy agradecidos por el don del sacerdocio, un don que llevamos en “vasijas de barro”, pero que con la fuerza de la gracia divina se convierte en cauce seguro de la misericordia de Dios.

Pidamos al Señor y a su Madre Santísima que este don se convierta en el compromiso de responder a esta “audacia de Dios” con nuestra entrega y nuestra humildad, cargando con su yugo y su carga ligera y descansando siempre en Él y sólo en Él. Amen.